

MISANTROPIA Y ARREPENTIMIENTO.

DRAMA EN TRES ACTOS,

ARREGLADO A NUESTRO TEATRO.

PERSONAGES.

<i>Cárlos, Baron de Menó.</i>	<i>Frantz.</i>	<i>Eugenio, niño de 4. años.</i>
<i>El Mayor Hortz.</i>	<i>Peters.</i>	<i>Una Camarera.</i>
<i>El Conde de Walberg.</i>	<i>La Condesa de Walberg.</i>	<i>Dos niños, hijos del Baron.</i>
<i>Biterman.</i>	<i>Eulalia, baxo el nombre</i>	<i>Algunos Lacayos.</i>
<i>Tobias.</i>	<i>de Miler.</i>	<i>Un Postillon.</i>

ACTO PRIMERO.

*La escena se supone en el castillo del Conde de Walberg.
en las cercanías de Cásel.*

El teatro representa un bello paisage: el castillo aparece sobre una colina, y á la derecha de los actores, á lo léjos, en el fondo, á su izquierda, una pequenuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce á la morada del Extrangero: á la derecha, hácia el tercero bastidor, hay un pequeño pabellon practicable, del qual se vé solamente una parte.

Peters que viene del Castillo.
Peters. **A** Migo Peters, señora Miler lo manda, y es fuerza llevar este dinerillo al viejo Tobias. Ella me ha encargado que lo calle; pero en buenas manos queda: no, no lo sabrá ninguno. A la verdad que es muy bella muger la señora Miler! bella muger! pero necia, muy necia; porque vé aquí

lo que mi padre me enseña: el que gasta su dinero es un hombre sin prudencia; pero el que lo da, merece que le rompan la cabeza.

El Baron sale cruzados los brazos y la cabeza baxa; vé á Peters, y le mira con desconfianza: Peters se queda por un momento mirando al Baron con la boca abierta, se quita despues el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hácia la cabaña.

A

Ba-

NA 10962 S
 5 839601 NA
 NA 161-1011

Baron. Quién era, Frantz?

Frantz. Es el hijo
del que administra las rentas
del castillo.

Baron. Por la noche
me hablaste ayer en la cena:—

Frantz. De aquel labrador anciano.

Baron. Es verdad.

Frantz. Mas sin respuesta
me quedé.

Baron. Pues vuelve ahora
á decirlo, si te acuerdas.

Frantz. Pues, señor, es pobre.

Baron. Y tú
de qué sabes su pobreza?

Frantz. El lo dice.

Baron. Y él lo dice? *Con amargura.*
no ignora el hombre la senda
del engaño.

Frantz. Es cierto, pero
este anciano no grangea
la piedad con el engaño.

Baron. Y por qué no?

Frantz. Si quisiera
explicarlo no podría;
pero mi alma se interesa
en su favor.

Baron. Frantz, qué débil
eres! *Frantz.* Es verdad; mas crea
usted, que un necio piadoso
vale mas que la soberbia
de un sabio sin compasion.

Baron. Necio! *Frantz.* La beneficencia
produce la gratitud.

Baron. Ah! no es verdad. *Con dolor.*

Frantz. Quien dispensa
los beneficios, yo juzgo
que es mas feliz en la tierra,
que él mismo que los recibe.

Baron. Eso es verdad.

Frantz. Qué flaqueza!
Y usted es un bienhechor.

Baron. Quién, yo?

Frantz. Por veces diversas
ha sido testigo Frantz.

Baron. Hombre crédulo, contempla
qué hacer bien es la mayor
de las necesidades nuestras.

Frantz. O! no tanto como eso.

Baron. Y los hombres, en mi idea,
son indignos del favor.

Frantz. Muchos, es verdad.

Baron. Pues piensa
que son hipócritas todos.

Frantz. Mentirosos. *Baron.* Aparenta
lágrimas á nuestros ojos,
y rien á espaldas nuestras.

Vé aquí el hombre. *Con amargura.*

Frantz. Sin embargo,
hay algunos:— *Baron.* Dónde?

Frantz. En esa
cabaña. *Baron.* Quién, el anciano?
Y ha llorada sus miserias
delante de ti? *Frantz.* Mil veces.

Baron. Y quieres tú que lo crea?
el verdadero infelice,
amigo Frantz, no se queja.
Después de un rato de silencio.
Pero en fin, cuéntame toda
su desgracia.

Frantz. Es tan inmensa,
que ha perdido su buen hijo.

Baron. Cómo?

Frantz. Baxo las banderas
militares sentó plaza
para dar á la pobreza
de su padre algun consuelo.

El Baron le mira, y despues continúa.

Frantz. El viejo tomó por fuerza,
y á pesar de su dolor,
el precio de la terneza
y la libertad de un hijo;
pero al pobre no le queda
otro recurso que el cielo:
enfermo, pobre y sin fuerzas
para ganarlo:—

Baron. No puedo,
no puedo hacer aunque quiera
nada por él.

Frantz. Ah, señor!
en favor de su indigencia
usted puede mucho.

Baron. Y como?

Frantz. Quizá con poco pudiera
rescatar á su buen hijo.

Baron. Será fuerza que yo vea

al anciano.

Frantz. Bien, Señor.

Baron. Pero, como acaso mienta:-

Frantz. No miente, no.

Baron. Que no miente!

el hombre! el hombre!:- es en esta cabaña? *Frantz.* En esa cabaña.

El Baron entra en ella.

Que alma tan noble y tan bella!

pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas

le conozco, y ha tres años

que le sirvo. La primera

vez que vé un hombre le habla

con seriedad y dureza;

mas sin embargo, á ninguno

ha negado en su miseria

la proteccion y el consuelo.

El es misantropo, es fuerza,

no hay remedio: sin embargo,

su misantropía empieza

en sus mismas desventuras,

porque el ódio que profesa

al hombre no está en su alma,

que solo está en su cabeza.

Sale el Baron de la cabaña,

y Peters detras.

Baron. Y bien, qué me quieres?

Peters. Nada,

pero yo soy el que era:-

Baron. Qué necio!

Frantz. Pues cómo es eso?

tan presto, señor, de vuelta?

Baron. Y qué habia yo de hacer

allí? *Frantz.* Pero en fin es cierta

su desgracia? lo habeis visto?

Baron. He visto á su cabecera

ese bribonzuelo.

Frantz. Y qué

tiene que ver (cuando sea

verdad) aqueste muchacho

con la piedad que se alberga

en usted? *Baron.* Tiene que ver:

que estaba de inteligencia

con el viejo:- hombres perversos!

Cómo hubieran, cómo hubieran

hecho mofa los ingratos

de mi credulidad necia,

si me hubieran engañado!

Frantz. Pues usted cree que fue ran:-

Baron. Qué hacían juntos?

Frantz. Bien fácil

Sonriéndose de su desconfianza.

es de saber. Hombre, llega, á *Peters.*

ven acá, dí, á qué has venido

á esta cabaña?

Peters. Quál, esta?

Frantz. Sí. *Peters.* Yo, á nada.

Frantz. No, no, amigo,

por algo has venido á ella.

Peters. Toma! y por qué? vaya, vaya!

Mire usted, quando me muestra

Madama Miler la cara

risueña, por complacerla

me echaría yo en el pozo

del castillo de cabeza.

Frantz. Luego ella te manda?

Peters. Sí,

por mas que usted lo pretendá

saber, no lo ha de saber.

Frantz. Y por qué?

Peters. Por qué? porque ella

me dixo: ve, *Peters* mio,

Imitando la voz de Miler.

ve por Dios, y que no sepa

nada ninguno; ve presto,

Peters bonito, que es fuerza

socorrer al viejo:- vamos,

estas palabras me llegan

al corazon, y no puedo

negarme por mas que quiera.

Frantz. Ya, pero si ella lo mandá

es fuerza tener cautela.

Peters. Sí, que no la tengo yo.

Mire usted, mas de quinientas

veces le dixe á *Tobías,*

que no pensára que era

Miler la que le mandaba

el dinero; y aunque fuerz

el Rey no se lo diría.

Frantz. O! tú eres mozo de prendas,

Y era mucho? *Peters.* Yo no sé;

pero habrá semana y media

que le traxe otro dinero,

y despues otro:- á la cuenta

de lo que se ahorra: y juzgo,

que era en un dia de fiesta,
 porque yo tenia puesto
 mi vestido nuevo. *Frantz.* Y esa
 Madama Miler es quien
 le socorre en sus urgencias?
Peters. Toma, pues quién? no, mi padre
 no es tan tonto como ella:
 y dice, que es necesario
 guardar siempre nuestra hacienda;
 pero con mayor razon
 en estío y primavera
 no se debe dar limosna,
 que entónces la providencia
 produce plantas y frutos
 para los hombres.

Frantz. Muy bella
 máxíma! qué amable padre!
 no es verdad?

Peters. Pues quién lo niega?
 Pero Miler no hace caso
 por mas que la reconvengan.
 Y aun hace más.

Frantz. Qué mas hace?

Peters. Mire usted, quando Isabela
 tenia los hijos malos,
 quiso enviarme á su aldea
 con dinero; mas mi padre
 no me dexó que yo fuera,
 porque llovía.

Frantz. Y qué hizo?

Peters. Toma, lo llevó ella mesma,
 y se me puso á curar
 los niños como si fueran
 suyos. *Frantz.* Muger singular!

Peters. A veces da grima el verla
 llorar sin saber por qué;
 y si yo, señor, pudiera
 verla llorar sin llorar,
 vaya muy enhorabuena:
 pero el caso es, que si llora,
 que quieras, ó que no quieras,
 yo me quedo sin comer,
 y hecho á llorar.

Frantz. Y bien, queda *Al Baron.*
 usted, señor, satisfecho?

Baron. Haz que este hablador se vuelva
 al castillo. *Frantz.* A Dios, amigo

Peters. *Peters.* Con que usted me dexa?

Frantz. No, pero Madama Miler :-
Peters. Ay! es verdad que me espera.
 A Dios.

Saluda al Baron, que no le corresponde.

Oye usted, señor,
 aquel está que rebienta
 de rabia, porque no pudo
 sacarme ni esto siquiera.

Frantz. Es verdad.

Peters. Ah! no, conmigo
 no hay que venirse con fiestas,
 que para guardar secretos
 yo. *Vase.*

Frantz. Bien, á Dios. Qué simpleza!
 vaya, señor.

Baron. Qué? *Frantz.* Que ahora
 la desconfianza era
 injusta. *Baron.* Oh!

Frantz. Pero qué duda
 le queda á usted?

Baron. Si me queda
 ó no, calla: en fin no quiero
 escuchar mas.

Se levanta y sigue hablando con acritud.

Quién es esta
 Madama Miler? por qué
 su nombre siempre resuena
 en mi oído? y por qué causa,
 sin haber podido verla,
 á qualquier parte que voy
 ha estado primero ella?

Frantz. Usted debia alegrarse.

Baron. Por qué?

Frantz. Porque es una prueba
 de que aun hay entre los hombres
 algunas almas modestas
 y bienhechoras. *Baron.* Sí, sí.

Frantz. Procure usted conocerla.

Baron. Conocerla! *Con ironía.*

Frantz. Yo, señor,
 la conozco, y es muy bella.

Baron. Mucho peor: la hermosura
 encubre con apariencia
 falaz una alma viciosa.

Frantz. Pues la suya es en mi idea
 el velo de la virtud:
 es tal su beneficencia :-

Baron. Ah, qué incauto! mira, *Frantz,*
 qual-

qualquiera muger desea
desumbrarnos, afectando
alguna virtud, y esta
será quizá mas astuta
en su ficcion.

Frantz. Pero sea
como sea, poco importa,
con tal de que favorezca
al anciano, y haga bien.

Baron. Mejor, así en su pobreza
no necesita de mí.

Frantz. No obstante, señor, en ella
la buena Miler habrá
socorrido las urgencias
limitadas y actuales;
pero, por mas que lo sienta,
no le habrá podido dar
para consolar sus penas
rescatando á su buen hijo.

Baron. Reparo, que te interesas

Con una ironía amarga.
con mucho ardor por Tobias.
Estarás de inteligencia
tú con él para engañarme?

Frantz. Y es posible, que usted crea :-

Con lágrimas en los ojos.
ah! no ha nacido del alma
de usted tan baxa sospecha.

Baron. Es verdad; perdóname,

Con bondad le alarga la mano.
amigo mio. *Frantz.* Sí, venga
la mano y la besaré *Lo hace.*
mil y mil veces. Es fuerza
que os hayan quizá burlado
algunas almas perversas
cruelmente, para haber
concebido contra ellas
ese ódio universal,
aquesa injuriosa idea
de la virtud y justicia.

Baron. Tú lo has dicho. Quénta pena
me has dado, *Frantz!* déxame.

Se vuelve á sentar, y lee.

Frantz. Véle allí con su tristeza
sumergido en la lectura:
así pasa la carrera
de su vida: á los placeres
muerto, á la naturaleza

muerto tambien, y sumido
en su dolor. Quién pudiera
restituirle al placer!

Hace tres años que aleja
la sonrisa de su boca,
y otros tantos que la idea
de un suicidio fatal
me hace estremecer. Si fuera
posible al ménos, que amase
la sociedad :- Si quisiera
cultivar algunas flores :-
Pero nada; en su tristeza
sumergido, calla y lee,
ó si alguna vez despliega
sus labios es detestando
de su misera existencia,
y maldiciendo á los hombres
artífices de su pena.

Lec el Baron.

En la soledad adquieren mayor energía
nuestras ideas; pero tambien se re-
nuevan las antiguas heridas, y quan-
to en otro tiempo agitó con violen-
cia las fibras de nuestro cerebro, es
un fantasma que nos persigue y nos
atormenta de continuo.

Frantz. Tiene razon ese libro;
pero tambien se me acuerda
haber oido decir,

Va saliendo Tobias.

que por lo mismo era fuerza
huir de la soledad,
y abandonarse á la inmensa
multitud de los negocios.

Tobias. O quénta grata es la influencia
del sol sobre el infelice!

Pero mi alma se enagena
de placer, y de su Dios
bénelico no se acuerda.

*Se descubre, y levanta las manos
al Cielo.*

Frantz. Vé aquí un anciano que goza
*El Baron cierra el libro, y mira con
atencion al visjo.*

de poco bien en su extrema
necesidad, y da gracias
á la augusta Providencia
del poco bien de que goza.

Baron.

Baron. Porque la esperanza llega
con los hombres al sepulcro,
y en sus límites los dexa.

Frantz. A Dios, buen hombre: parece
que veo mas fortaleza
en usted.

Tobías. Dios, y el cuidado
de una muger que no niega
su misericordia al pobre,
me han conservado en la tierra
quizá por algunos años.

Frantz. Sin embargo, usted demuestra
bastante edad.

Tobías. Si, señor,
ya paso de los setenta,
y pocas satisfacciones
puedo ya gozar en ella.

Frantz. Pues yo, amigo, me quejára
de mi suerte, si tan cerca
de la tumba me volviese
á la vida y á la pena;
que la muerte es el consuelo
del infeliz.

Tobías. Usted piensa,
que soy yo tan infeliz?
No gozo aun de la bella
luz del Sol amaneciendo?
No he recobrado mis fuerzas
con la salud? ay amigo!
aquel que por vez primera,
despues de un penoso mal,
respira el aura serena
de una plácida mañana,
es el mas feliz que llega
á ver los rayos del Sol.

Frantz. Pero este bien degenera
bien presto con la costumbre.

Tobías. No en la vejez: muchas penas
me han afligido y me afligen,
y sin embargo sintiera
la muerte. Quando mi padre
me dexó en su pobre herencia
esa cabaña, gozaba
yo de mi salud y fuerzas.
Tomé una muger honrada,
tan amante como buena,
y Dios bendixo mi union!
con tres hijos: pero esta

dicha duré pocos años.

Dos dellos viéron apenas
el sol de la juventud,
y la muerte con fiera
los arrebató. Yo, amigo,
sufrí el golpe con paciencia;
pero mi pobre muger,
ó mas débil ó mas tierna,
murió de dolor; quizá
yo en mi soledad hubiera
seguidolos á la muerte,
si la divina clemencia
no me hubiera consolado.

En fin, quando mi flaqueza
adoraba sus decretos,
y resignado en su eterna
misericordia vivia
con un hijo, última prenda
de mi amor, algo felice,
su generosa imprudencia
le conduxo á sentar plaza
por socorrer la miseria
de su anciano padre :- Amigo,
este golpe me condena
á la pérdida cruel
del apoyo de mis fuerzas
inútiles; y os protesto,
que sin la beneficencia
de una muger virtuosa,
de hambre y de pesar muriera.

Frantz. Y sin embargo usted ama
la vida? usted la desea?

Tobías. Y por qué no, miétras haya
un objeto que interesa
mi corazon en-un hijo?

Frantz. Puede que usted no le vuelva
á ver jamas.

Tobías. Sin embargo
yo le conservo en la idea;
y aun quando esté decretado
que mis ojos no le vean,
esperaría la muerte
sin yo desearla. Aquella
es la cabaña tranquila
en que nací; aquella vieja
encima creció conmigo,
y :- (casi tengo vergüenza
de decirlo) tengo un perro

que en mi dolor me consuela.

Frantz. Un perro ! *Riendo.*

Tobías. Un perro ; sí, amigo ,
riase usted quanto quiera ;
pero sepa usted, que Miler ,
la generosa , la buena
Miler , vino a visitarme
un día en mi cabañuela ,
y como el perro ladraba
viéndola entrar , dixo ella :
por qué no da usted, Tobías ,
este animal, pues apénas
tiene us ed pan que comer ?
Señora , y si yo le dicra ,
la respondí , quién me amára
en mi soledad ?

Frantz. No sea

Al Baron, que piensa profundamente.
causa de que usted se enoje
la interrupcion ; mas quisiera
que usted oyese :-

Baron. Sí , *Frantz,*
todo lo escuché : ve y lleva
ese libro á mi aposento ,
y te dexarás abiertas
las ventanas hacia el rio.

Frantz. Voy , señor. *Vase.*

Baron. No te detengas. *Con prontitud.*

Dime, anciano, qué te ha dado
Miler ? *Tobías.* Aquel alma bella ,
aquel alma angelical !
me ha dado quanto pudiera
desear para comer
hasta el invierno.

Baron. No mientas !

Y nada mas ? *Tobías.* Y qué mas ?
Ella , señor , bien quisiera
librar á mi buen Ernesto :
pero por mas que lo sienta ,
carece de facultades.

Baron. Salva un hijo. A Dios.

*Vase con precipitacion, despues de
darte una bolsa de dinero.*

Tobías. Qué nueva
felicidad es la mía ! *Abre la bolsa.*

Válgame Dios ! y monedas
de oro ! Amigo , miradlo :

A Frantz que sale.

la confianza en la eterna
misericordia jamas
nos engaña :- ó providencia !

Frantz. Y quién es el generoso ?

Tobías. Su amo de usted :- ha, que pueda
gozar de su buena obra ,
como de la recompensa !

Frantz. Hombre singular !

Tobías. Ni quiso
el buen señor que le diera
las gracias , y ya iba léjos
ántes que mi torpe lengua
se moviese.

Frantz. Vé ahí mi amo.

Tobías. A Dios , amigo. Ello es fuerza
correr quanto me permitan
los años á dar la nueva
de su rescate á mi hijo.
Quánta será su impaciencia ,
su placer , quando se abrace
con quanto amaba en la tierra :
con su amante y con su padre !
O tú , augusta omnipotencia ,
colma de favor al hombre
generoso ; que tu diestra
cubra su frente de gracias :
extiéndase su clemencia
en la felicidad suya.

Que quién hay que la merezca
mejor que el hombre piadoso ,
que tu imágen representa ?

Vase por la derecha.

Frantz. Ah ! por qué no soy yo rico ?
por qué yacen las riquezas
en manos de los cruces ?

Ah ! si yo las poseyera ,
socorrer el infortunio
serían mis complacencias.

Vase por la arboleda.

*La escena representa un salon del
castillo. Sale Eulalia con una
carta abierta.*

Eulalia. Ah ! vé aquí lo que me affige.
Yo estaba ya mas contenta
en mi retiro , á pesar
de que no siempre se alberga
el gozo en el corazon
del solitario. O , yo necia

y desgraciada mugér!
 en el claustro y en las selvas
 te seguirá tu dolor,
 clavado como una flecha,
 Eulalia, en el corazón.
 Pero al fin, quando la pena
 le oprimía con su peso,
 yo lloraba sin dar cuenta
 á nadie del llanto mio;
 y errando triste é inquieto
 por los campos del castillo,
 ninguno formó la idea
 de que mi alma obedecía
 á la irresistible fuerza
 de una conciencia culpable,
 que por siempre me condena
 á llorar léjos del hombre
 mi criminal imprudencia.
 Miserable yo! si ellos vienen,
 á Dios, ó dulce y amena
 soledad, á Dios lectura,
 que tal vez has dado treguas
 á mi dolor con tus gracias.
 Y si acaso la Condesa
 ó el conde traen algunos
 de los sujetos que puedan
 conocerme? ay! qué infeliz
 es aquel de quien rezela
 el corazón criminal
 la inoportuna presencia
 de uno, de un solo testigo
 de su delito y su pena.

Sale Peters.

Peters. Aquí estoy yo.

Eulalia. Muy bien, Peters,
 y Tobías? *Peters.* Allí queda
 tan contento el pobre viejo.

Eulalia. Le dixiste de quién era
 el dinero? *Peters.* Dios me libre.
 Le dixiste, que no creyera
 que era usted la que le daba
 aquellas quantas monedas,
 que no era usted.

Eulalia. Muy bien dicho. *Sonriéndose.*

Peters. Pero sin embargo piensa
 en venir á dar las gracias,
 que quieras ó que no quieras.

Eulalia. Mira, Peters, no permitas,

que Tobías quando venga
 entre á verme; dile tú
 que duermo, que estoy enferma,
 ó que no tengo lugar.
 En fin, dile quanto quieras,
 y no le dexes entrar.

Peters. Bien, y si acaso se empeña,
 le agarraré por un brazo:—

Eulalia. No, Peters, no hagais violencia
 al enfermo viejecito.

Peters. Me voy, que mi padre llega. *Vase.*

Sale Biterman. Buenos días, señorita,
 yo celebro verla buena
 y graciosa como siempre.

Usted me llama, y quisiera
 saber qué novedad hay.

Eulalia. A Dios, Biterman. Hoy llegan
 los señores del castillo.

Biterman. Quién! el Conde? su Excelencia?

Eulalia. Sí, amigo, de aquí á dos horas
 llega el Conde, la Condesa,
 y su cuñado el Mayor
 de Hortis.

Biterman. Lo decis de veras?

Eulalia. Usted sabe, Biterman,
 Con dulzura.

que Miler no se chancea
 jamas. *Biterman.* Peters:— y es posible?
 Válgame Dios! quando vengan
 qué dirán! Peters:—

Sale Peters. Señor.

Biterman. Ve á buscar á toda prisa
 al guarda bosques, y dile
 que me mande varias piezas
 de caza: que Juana limpie
 los quartos de su Excelencia,
 y le quite á los espejos
 el polvo para que pueda
 verse en ellos la señora. *Vase Peters.*
 Corre, marcha. Qué cabaza
 me ha puesto la tal noticia!
 Pero lo que me da pena
 es, que la cámara verde
 está toda descompuesta,
 y no habrá donde poner
 al Mayor. *Eulalia.* En la escalera
 no hay un quarto hácia el oriente?

Biterman. Es verdad; pero esa pieza

está para el Secretario:
no obstante tengo una idea
excelente : la casilla
que linda con nuestra huerta
se la podríamos dar.

Eulalia. Y cómo, si vive en ella
el extranjero ?

Biterman. No importa ,
que se vaya.

Eulalia. O ! bueno fuera
cometer una injusticia.
Usted sabe , que no media
el interes en su elogio ;
pues ni le he visto siquiera ;
pero quantos le conocen
tienen repetidas pruebas
de su virtud ; y yo creo
que la morada que arrienda ,
la paga liberalmente.

Biterman. Cierto , yo no tengo queja
ninguna ; pero ::-

Eulalia. Qué ? vamos.

Biterman. En fin , Miler , yo quisiera
saber quién es. Qué demonio !
siempre va huyendo diez leguas
quando me vé , y aunque busco
mil ocasiones diversas
para hablar con el criado ,
ni tampoco me contesta.
Hoy hace buen día. Sí.
Ya los árboles empiezan
á brotar. Sí. Me parece
que hoy el amo se pasea
con gusto. Sí. Mil demonios
se lleven tanta reserva
y tal callar : vaya , vaya.

Eulalia. Bien , pero con la impaciencia
olvida usted á los Condes.

Biterman. Pues si es verdad , usted vea
qué motivo habrá ::-

Eulalia. Las nueve.
yo me voy á mis haciendas :
á Dios , *Biterman.* *Vase.*

Biterman. Sí , sí ;
tambien usté es linda pesca ;
ni tampoco sé quien es.
Madama Miler ! qué buena !
hay tanta Madama Miler

en el mundo ! La Condesa
la recibió hace tres años ,
para darle la intendencia
del castillo ; pero bien ,
quién es esta aventurera ?
de dónde viene , y por qué ?
Vé aquí lo que me condena.

Vaya , que es fatalidad
no averiguar tan siquiera ::-

Sale Peters. Padre , padre , que ha llegado
un señor , venga usted aprieta ,
que es el Mayor de ::- de ::- vamos ,
que llega el señor.

Sale el Mayor Horts. *Peters imita á su
padre en toda esta escena.*

Biterman. Merezca

Con muchas cortesías.

un mayordomo , señor ,
ofrecerse á la obediencia
de Usía , y mas quando tiene
el honor de hablar de cerca
y rostro á rostro al ilustre
cuñado de su Excelencia
el gran Conde de Walberg.

Peters. De Walberg.

Mayor. O ! vamos , dexa
cumplimientos , *Biterman :*
ya véis que un hombre de guerra
ni los hace , ni recibe.

Biterman. Señor , con vuestra licencia ,
aunque estamos en el campo ,
veneramos la grandeza
de los cuñados de un Conde.

Peters. Conde.

Mayor. Muy bien , como quieras .
Mi hermano y yo hemos pensado
pasar esta primavera
en el castillo.

Biterman. Aunque fuese
un año ; pues sin que sea
vanidad , he acumulado ,
señor , y puesto en reserva
con que admirar á los Condes.

Peters. A los Condes.

Mayor. Bien , muy bella
precaucion. Tu economía
exige , segun mis cuentas ,
un disipador , y crec



que en mi cuñado se encuentra
 quanto puedes desear.
 Ha dexado la carrera
 militar, y se propone
 concluir lo que le queda
 de vida en este castillo.

Biterman. Y con eso las gazetas
 vendrán todas las semanas.

Peters. Samanas.

Biterman. Por la escalera
 me parece:-- Si, Madama
 Miler:-- buena muger! buena!
 es el ama de gobierno.

Yo voy á hacerla que venga,
 si gusta Usía. *Peters.* Si Usía.

Mayor. No te tomes esa pena.

Biterman. O señor! no puede serle
 nunca para mí dar pruebas
 de mis respetos á Usía.

Peters. Tos á Usía.

Vánse Biterman y Peters.

Mayor. Qué paciencia
 es necesario tener
 con estas gentes! El piensa
 hacerme quizá un obsequio
 en mandar me alguna vieja
 importuna y habladora
 que me rompe la cabeza.

*Sue Eulalia, que hace una cortesía,
 que anuncia su buena educacion.*

Ola! no es vieja.

Eulalia. Señor,
 yo me doy la enhorabuena
 de conocer un hermano
 de la señora Condesa
 mi bienhechora.

Mayor. Y yo aprecio
 un bien que me lisonjea,
 pues por él conozco á usted.

Eulalia. Sin duda la primavera
 ha dado motivo al Conde
 de venir aquí.

Mayor. No, bella
 Miler, usted le conoce:
 que haga sereno, que llueva,
 poco le importa, con tal
 de que su casa no sienta
 la tristeza ni el enojo.

Amistad, amor y mesa
 son los placeres de un alma
 como la suya, y si llega
 á reunirlos, vé aquí
 su codicia satisfecha.

Eulalia. En verdad, que la ventura
 le favorece: riquezas,
 salud, todo contribuye
 á su dicha; mas si hubiera
 probado tal vez los males
 que á la humanidad rodean,
 aun al lado de su esposa
 no gozaría de entera
 felicidad. *Mayor.* Es muy cierto;
 pero el alma epicurea
 de mi cuñado disfruta
 de un bien, que jamas altera
 el dolor, y por gozar
 de su libertad se dexa
 el servicio, y por vivir
 tranquilo.

Eulalia. Aquí? *Algo turbada.*

Mayor. Si no encuentra
 estorbo en la soledad.

Eulalia. Señor, el hombre que alberga
 un corazón libre y puro,
 no puede encontrar en ella
 sino la paz.

Mayor. Yo aseguro,
 que es esta la vez primera
 en que una boca tan linda
 hace su elogio.

Eulalia. No crea
 Usía, señor *Mayor*,
 que mi sexo no respeta
 la soledad, ni me haga
 ese cumplimiento á expensas
 de las mugeres.

Mayor. Señora,
 la verdad: ni usted es hecha
 para viv'r en el yermo,
 ni yo imagino que tenga
 atractivo para usted.

Eulalia. Señor *Mayor*, quando reyna
 una constante igualdad
 en nuestra vida, es inmensa
 la rapidez con que pasan
 nuestras horas: las ideas

de un día retratan siempre las del anterior; las mismas ocupaciones y el mismo placer. Quando en una bella madrugada me levanto por gozar de la serena luz del sol amaneciendo, bendigo la omnipotencia de la mano que derrama vida en la naturaleza. Dexa el ganado su establo, y las tranquilas ovejas van al prado: el labrador, sacudiendo la pereza, unce los amigos bueyes, y los vientecillos suenan con sus rústicos cantares.

Vuelvo á casa, y mis haciendas particulares me ocupan hasta que la tarde llega y voy á regar mis flores:-- Mis flores, las compañeras de mi soledad. En tanto los mozos y las doncellas me divierten con sus juegos que dirige la inocencia, hasta que el plácido sueño y el cansancio nos dispersan.

Mayor. Es verdad, pero el invierno:--

Sale Peters.

Peters. Toma, ya está en la escalera; yo no puedo mas.

Eulalia. Qué es eso?

Peters. Qué ha de ser? que se me cuela

Tobías:-- aquí está ya.

Sale Tobías. O mi bienhechora! es fuerza, es fuerza que yo:--

Queriendo abrazar los pies de Eulalia que lo impide.

Eulalia. Buen hombre:--

Válgame Dios! no pudiera usted venir á otra hora? ya vé usted:--

Tobías. Muger modesta tanto como virtuosa, el señor:--

Mayor. Y bien, qué intenta este anciano? Tobías. Demostrar

la gratitud que me llena todo el fondo de mi alma á los pies:--

Eulalia. Mañana es buena ocasion. Mayor. Déxele usted, Con viveza.

y permita que yo sea testigo de un accidente, que me dice en lo que emplea la bella Miler el tiempo.

Habla, buen viejo, y consuela tu corazon. Tobías. Ah señor! si cada palabra fuera una bendicion celeste!

Yo estaba en mi cabañuela abandonado y enfermo, y mi débil existencia caminaba hácia la muerte.

La lluvia, el viento, la intensa nieve entraban en mi choza, y yo en una vieja estera

desnudo, pobre y enfermo, aun no tenia siquiera

unas migajas de pan que dar á mi perro en prueba de gratitud de su amor.

En esto que Miler llega como el ángel del consuelo; me da favor, me dispensa

remedios, y todo quanto necesitaba en mi extrema situacion; pero la gracia

de su virtud, su halagüeña oficiosidad, lograron recuperar la flaqueza

de mi vejez:-- Ah! yo vivo, yo vivo, y gozo la eterna luz del sol por su piedad.

y querrá que no agradezca mi sensible bienhechora?:--

Se arro.tilla.

Eulalia. Por Dios, buen viejo:-- Tobías. Modesta

Miler, dexé usted que riegue

Ella lo impide.

con mis lágrimas la tierra que pisa; dexé que bese la mano que se interesa

en mis males, y por quien bendice la Providencia mi vejez. El extrangero que ha venido á nuestra aldea me ha dado el oro que veis para rescatar la prenda de mi amor, al hijo mio. De aquí voy á la bandera, le rescato, lo desposo con una jóven honesta, y quizá tendré el placer de ver en la propia mesa, de poner en mis rodillas los frutos de su terneza. Y si acaso pasa usted alguna vez por la puerta de mi cabaña, qué gozo será para su alma bella decir: estos son felices por mi piedad!

Eulalia. Ah! qué pena me está usted dando, Tobías! basta. *Como suplicando.*

Tobías. Sí, basta: mi lengua es incapaz de explicar cuánto es el placer que prueba mi corazon este instante.

Le besa la mano de por fuerza, y Peters se va limpiando las lágrimas.

Muger virtuosa y tierna, solo Dios y tu virtud pueden ser tu recompensa.

Vase y Peters.

Eulalia. Mucho tardan ya los Condes.

Mayor. No, bella Miler, no quiera usted distraerme acaso de la deliciosa idea de su virtud. Ah! qué poco discurrí yo hallar en esta soledad una muger como usted!

Eulalia. Pues qué una escena tan simple puede causaros admiracion? *Mayor.* Yo quisiera saber (perdone usted, Miler, una curiosidad necia) si usted ama, y si es casada.

Eulalia. Lo fui.

Pasa repentinamente á la tristeza desde la alegría que aparentaba.

Mayor. Luego usted, en esa suposicion, es viuda!

Eulalia. Ay señor! hay ciertas cuerdas en el corazon humano, que si las pulsán resuenan con dolor. Perdone Usía, voy á ver si el Conde llega. *Vase.*

Mayor. Vaya usted, que ya la sigo.

Válgame Dios! quién creyera hallar en la soledad de una miserable aldea tal muger! piadosa, noble, y como bella modesta.

Quién será? pero qué importa que sea ilustre. ó no sea para los hombres de bien? No es mi corazon de piedra, ni cerrado á la virtud: no es compasiva, no es bella, no la amo? pues vé aquí sus títulos de nobleza.

ACTO SEGUNDO.

La escena se representa en el salon antecedente. Salen el Conde, la Condesa, el Mayor, Eulalia, Biterman, Peters, un Postillon, dos Lacayos y una Camarera de la Condesa, que trae un niño de la mano.

Conde. En fin llegamos, el Cielo bendiga nuestra jornada como puede. Bella Miler, cansado de mis campañas, en las banderas de usted vengo á tomar una plaza.

Eulalia. Mis banderas, señor Conde, ya solo en la retirada se despliegan.

Conde. Sin embargo, los ameres y las gracias vuelan en contorno suyo.

Condesa. Vaya, amado esposo, vaya; usted parece que olvida

que

que estoy aquí.

Conde. Pero amada esposa, bien puedo yo *Remedándola.* hacer tambien lo que acaba de hacer su hermano de usted, que ha reventado las jacas de mi tiro, por llegar con dos horas de ventaja.

Mayor. Si hubiera sabido cuánto tienes de amable en tu casa, dirías bien. **Condesa.** Cara Miler, voy á complacer el alma de usted como lo desea. Este niño es de mi hermana, de mi pobre Carolina, que ha muerto la desgraciada, y le dexa sin amparo; con que suplamos su falta entre las dos. **Niño.** Tía mia, es otra mamá? qué guapa! ay! pues yo la querré mucho.

Condesa. Bien, Eugenio.

Al oír Eugenio se turba Eulalia, y despues profundamente pensativa se inclina hácia el Niño.

Eulalia. Qué se llama

Eugenio? Qué bello nombre!

Niño. Yo soy Eugenio.

Eulalia. Que gracia!

Conde. Y bien, Biterman, yo creo, *Dando a Biterman su espada y sombrero, y se sienta.*

que nos tendrás preparada una regular comida.

Biterman. Señor, no será muy mala.

Mayor. Oye, Condesa, quién es *Aparte á ella.*

ese tesoro que guardas en este campo? **Condesa.** O, señor enamorado, y que alma

tiene tan tierna! **Mayor.** Responde.

Condesa. Y bien, qué quieres? se llama Miler. **Mayor.** Sí, ya lo sé; pero:--

Condesa. Pero yo tampoco sé nada mas. **Mayor.** O! no burlés.

Condesa. No burlo.

Vente conmigo á la sala del Conde, y allí verás

que lo ignoro. Eugenio, vaya, ven á descansar un rato.

Querida Miler, no salga usted de aquí; pronto vuelvo, y en la compañía grata de usted espero gozar quantos gustos me prepara la soledad que amo tanto.

Vanse la Condesa, el Mayor, los Criados y el Niño.

Conde. Y bien, Biterman, aun gastas aquel buen humor que siempre?

Biterman. Para servir á tan alta Excelencia. **Conde.** Bien, yo espero tener buenas temporadas contigo. **Biterman.** Lo que es por mí haré, señor, quanto haya de hacer.

Por Peters, que le está haciendo cortesías quando le mira

Conde. Quién es ese tonto?

y qué significan tantas cortesías? **Biterman.** Con perdon de su Excelencia se llama Peters, y es mi hijo. **Conde.** Ah! sí. Y cómo estamos de caza?

Biterman. O! de caza grandemente.

Mas yo he preparado varias diversiones á mis amos.

Excelencia, es una octava maravilla ver el parque: obeliscos, lontananza, ruinas y:-- qué sé yo?

Por exemplo, allí á la entrada del bosque, sobre el arroyo, hay una puente labrada á la chinesca:-- mas cómo! con qué solidez!

Conde. Pues vaya, *Se levanta.*

hombre, mientras que comemos llévame á ver esas raras invenciones. **Biterman.** Sí, señor, *Biterman le da el sombrero.*

pues V uecelencia lo manda, tendré el honor de servirle.

Peters. Yo tambien.

Conde. Pero, Madama Miler, usted trabajando,

sin hablar una palabra!
 qué es esto? yo vuelvo pronto,
 y quiero verla ocupada
 seriamente en discurrir
 como variar las gracias
 y los placeres del campo.

Vamos, que ya tengo gana
A Biterman.

de ver la puente chinesca.

Biterman. Es magnífica.

El Conde, Biterman y Peters parten por la derecha de los actores. Eulalia, que desde que se fué la Condesa se puso á bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, y sumergida en una profunda meditacion que solo interrumpe su llanto, despues de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.

Eulalia. Qué pasa en mi corazon? Dios mio! qué mocion inesperada ha sentido, que mi llanto jamas con tanta abundancia se vertió! quando el dolor me obedecia, las gracias, la presencia de aquel niño han aniquilado el alma de una infeliz. Ay! su nombre me recuerda quanto amaba mi corazon en la tierra. Tambien esta madre ingrata tiene un Eugenio! un Eugenio! cuya maternal crianza no es obra mia. Si ha muerto! quién sabe si ante las plantas del Dios de los inocentes él y mi pequeña Amalia piden contra mí? ó idea cruel! por qué despedazas mi corazon, y su llanto moribundo me retratas, sino hay remedio? por qué me pintas su amable infancia luchando contra el dolor, é implorando en su desgracia la compasion que les niega

una mano mercenaria?
 Y cruel los abandona
 su madre desventurada
 é insensible! ay! quán culpable criatura soy! se me arranca el corazon al pensarlo.
 Y quando, quando mi amarga pena me devora el pecho!
 quando debo en mis palabras aparentar un placer de que no goza mi alma.

Sale Peters apresurado y gritando.

Peters. Ay Dios mio, ay!

Eulalia. Qué es eso?

Peters. Que el Conde ha caído al agua, y su Excelencia se ahoga.

Eulalia. Pero ha muerto?

Peters. No le falta

mucho; pero no se ha muerto.

Eulalia. Pues no grites, vamos, calla, que su esposa :-

Peters. Que no grite?

ay Dios mio te mi alma!

Gritando mas.

que se ha mojado el señor.

Salen la Condesa y el Mayor.

Condesa. Por qué das voces?

Mayor. Qué causa ese ruido? *Eulalia.* Señora, un ligero acaso, nada; ya está fuera de peligro el Conde: es verdad? *A Peters.*

Condesa. Madama, pues qué ha sido?

Peters. La maldita puente chinesca :- y estaba fuerte; pero, ya se vé :- tambien el señor se agarra de los maderos! si aquello no está para sufrir chanzas. Toma, así que los tocó, puf, se cayéron al agua, y el señor se fué detras.

Condesa. Ay mi esposo!

Eulalia. Pero, vaya, *A Peters.* no le sacasteis al punto?

Peters. Quién? yo y mi padre ya baxa! lo que hicimos fué gritar,

y gritar por las cabañas.

A nuestros gritos llegó
aquel hombre que no habla
nunca, y soltando la ropa
se tiró de un salto al agua,
agarró al señor de un brazo,
en la orilla me le planta
bueno y sano, y se marchó
sin decir una palabra.

Condesa. Ay hermano! ay Miler mia!
venid, corraínos en alas
del deseo á dar al Conde
nuestro favor, y las gracias
al generoso extranjerero,
que le sacó de las aguas.

Vanse precipitados.

*El teatro representa la escena primera
del primer acto. El Baron aparece so-
bre un asiento rústico, y de allí á un
momento sale Frantz.*

Frantz. Quiere usted comer?

Baron. No. *Frantz.* Vamos,
un pichon.

Baron. No tengo gana;
come tú. *Frantz.* Quizá el calor::-

Baron. Puede ser.

Frantz. Pues bien, se guarda
para la noche? *Baron.* No, come.

Frantz. Me da usted licencia para
Después de algun silencio.
hablarle un poco?

Baron. Sí, Frantz.

Frantz. Pues, señor, usted acaba
de hacer una buena accion.

Baron. Qué? *Frantz.* La de salvar::-

Baron. O! cañá.

Frantz. Sabe usted á quién?

Baron. A un hombre.

Frantz. Pero un hombre que se llama
el Conde de Walberg.

Baron. Bien.

Frantz. Ese proceder me arranca
Ovo silencio.

mil lágrimas de ternura.

Baron. Qué debilidad!

Frantz. Un alma

tan noble! tan generosa!

Baron. Tu me adulas? vamos, basta,

Se levanta.

vete. *Frantz.* Quando yo en silencio
pienso en la jamas exhausta
piedad de usted; en el gozo
con que alivia las amargas
penas de qualquiera hombre,
y que á pesar de tan grata
virtud no es usted felice,
se me parten las entrañas
de dolor. *Baron.* Ay buen amigo!

Alargando la mano.

Frantz. Amado señor, si tanta

La coge, y habla.

melancolía procede
de alguna enfermedad rara,
yo sé de un Médico docto,
que quizá podrá curarla.

Baron. Ay Frantz! mi mal es aquí,

Pone la mano sobre el corazon.

y á esta enfermedad no alcanzan
los remedios. *Frantz.* Con que luego
es usted por otra causa,
realmente desdichado,
siendo tan bueno? Qué amarga
situacion es la de usted!

Baron. Yo sufro, sin que lo haya
merecido. *Frantz.* Pobre amo!

Baron. Olvidas que esta mañana
dixo el anciano: aun hay otra
vida mas feliz? pues calla,
esperemos y suframos.

Frantz. Esperemos. *Baron.* Frantz.

Después de algun silencio.

Frantz. Qué manda

usted? *Baron.* Es fuerza partir.

Frantz. Y á dónde será la marcha?

Baron. Dios lo sabe.

Frantz. Yo estoy pronto
á seguir á usted.

Baron. Me engañas,
Frantz?

Frantz. Señor, hasta la muerte.

Baron. Ay! oxalá! allí descansa
Con vehemencia.

para siempre el infelice.

Frantz. El justo goza de calma
en todas partes. Qué importa
la tempestad que amenaza

en derredor de nosotros,
 si vive tranquila el alma?
 fuera de que, no está usted
 contento en su solitaria
 habitacion? *Baron.* No: mil gentes
 desconocidas acaban
 de llegar á este castillo;
 y los que ignoran las gracias
 de la soledad, acaso
 llamarán extravagancia
 y ridiculez mi humor.

Frantz. No, señor, la temporada
 que le habiten será corta:
 es un enxambre que vaga
 aquí y allí, sin deseo
 de posar sobre las ramas
 de la soledad: la moda
 le trae aquí, y mañana
 el frio y la moda misma
 le llevarán de reata
 á su primera colmena.

Baron. Me parece que acibaras
 tu reflexion. *Con desconfianza.*

Frantz. Ello es fuerza
 mezclar tal vez con las gracias
 la seriedad. *Baron.* Y presumo,
 que acaso quando le falta
 objeto á la burla tuya,
 lo soy yo.

Frantz. Quién, usted? vaya,
 volved á caer de nuevo
 en esa desconfianza
 universal. Es posible:--

Baron. Pero aguarda, *Frantz,* aguarda:

Mirando adentro.

qué uniformes, qué plumages
 son aquellos que se alcanzan
 á ver? huyamos.

Frantz. Huyamos.

Baron. Y presto: si yo tardára
 en hacerlo, era preciso
 cerrar por siempre mi estancia
 á su importuna visita,
 y yo en ellos no extrañára,
 que á mi pesar penetrasen,
 hasta mi retiro: basta,
 que llegan, voy á cerrar
 mis puertas y mis ventanas. *Vase.*

Frantz. Y yo aquí de centinela.

Paseando.

Con efecto, no se engañan
 en que á nosotros nos buscan;
 pero al cabo, si ellos tratan
 de saber quién es mi amo,
 será en valde: no sé nada,
 y nada sabrán.

*Salen al bastidor la Condesa y su
 hermano.*

Condesa. Hermano,
 aquel que por allí anda
 será su criado. *Mayor.* Amigo,
Se acercan.

podríamos ver mi hermana
 y yo al extranjero? *Frantz.* No.

Mayor. Con pocos minutos bastan
 para verle. *Frantz.* Se ha encerrado.

Condesa. Dígale usted, que una dama
 se lo suplica. *Frantz.* Ay señora,
 es en vano. *Condesa.* Cosa rara!
 aborrece á las mugeres?

Frantz. A toda la especie humana,

Condesa. Y por qué?

Frantz. Acaso le habrán
 engañado *Condesa.* Extravagancia
 poco galante! *Frantz.* Es verdad:
 pero tambien quando halla
 ocasion de dar la vida
 á un hombre, corre y le salva,
 exponiéndose á la muerte.

Mayor. Mas vale que no la falsa
 y necia galanteria:

pero tampoco una vana
 ceremonia nos conduce
 aquí para darle gracias.
 La esposa pues y el cuñado
 de aquel á quien de las aguas
 ha libertado, desean
 hacerle ver la eficacia
 de su gratitud. *Frantz.* Tampoco
 gusta mucho de eso.

Condesa. Vaya,
 que es un hombre singular.

Frantz. Que solo vive en la calma
 de la soledad.

Condesa. No obstante,
 yo quisiera verle para

saber quién es.

Frantz. Yo también.

Condesa. Pues usted que le acompaña no le conoce?

Frantz. Y muy bien : esto es , conozco el alma virtuosa que le anima ; porque á la verdad , Madama , juzga Vucencia que solo con saber el nombre basta para conocer al hombre ?

Condesa. Tiene usted razon ; me agrada ese modo de pensar.

Y usted quién és?

Frantz. Yo , Madama ::- un criado de Vucencia. *Vase.*

Condesa. Sin duda la extravagancia de parecer singular encierra en esa cabaña á este hombre.

Mayor. Y el criado le imita bien.

Condesa. Pues ya basta de importunidad. Ahora volvamos atrás , que tardan mi marido y nuestra Miler.

Mayor. Escúchame ántes , hermana.

El accidente del Conde nos interrumpió en la sala del castillo , y aun ignoro lo que le importa con tanta verdad á mi corazon.

Quién es esta muger sábia , esta muger singular , cuyas virtudes y gracias me han enamorado tanto ? yo te lo suplico , habla.

Condesa. No sabes ya , que lo ignoro ? qué te admira ? es una exácta verdad. Quando yo la ví por primera vez en casa , me pareció sumergida en su dolor , y entregada á la tristeza. Con todo no le pregunté la causa de su pesar , porque juzgo que los secretos que guarda el desventurado , son

su desventura , y un alma sensible ha de distraer al infelice que calla del objeto de su llanto.

Mayor. Pero cómo tuvo entrada en tu casa ? *Condesa.* Veslo aquí.

Tres años habrá que estaba yo en el castillo , y un dia por la tarde mis criadas me dixéron , que una jóven solicitaba la gracia de hablarme. Dixe que bien ; quando pareció Madama Miler con esta modestia , esta sencillez que arrastra el amor ; pero sus ojos con mil signos demostraban el tormento roedor , que se ha convertido en grata y dulce melancolia.

Ella se arrojó á mis plantas , pidiéndome que salvase á la mas desventurada de la tierra. Yo sensible á su llanto y á las gracias de su juventud , la alcé , prometiéndola mi casa , mi proteccion y mi amparo , sin affigir mas su alma con preguntas dolorosas ; pero procuré con ansia conocerla : y advirtiéndole la virtud que se hospedaba en ella , muy desde luego no la admití por criada como pidió , sino amiga. Un dia pues que pasaba con ella por estos campos , la ví absorta , enagenada , y con el alma en los ojos , contemplando la inexhausta é imponderable belleza de estas plácidas campañas. Por lo mismo la propuse mi castillo por morada constante de su infortunio. Ella , sin que otra palabra pudiese articular , eoge

mi mano, la besa y baña
con llanto: su corazón
agradecido brillaba
en su llorar silencioso.
Desde entónces, retirada
en mi castillo, prodiga
su piedad en las cabañas
del contorno con secreto;
y en fin, Mayor, adorada
de quantos la vén, habita
en mis campos solitaria.

Vé aquí, amigo, lo que sé.

Mayor. Poco, á la verdad; ó nada
para dexar satisfecho
mi deseo; pero basta
para mi resolución.

Ayúdame; tu eficacia
puede hacer que se declare;
y con tal que sea honrada
su familia, es mi muger.

Condesa. Quién? *Mayor.* Miler.

Condesa. Hermano::-

Mayor. Hermana::-
querrás decir::-

Condesa. Poco á poco.

Las máximas que reclaman
la igualdad de los estados,
no juzguen que son extrañas
para mí; pero vivimos
en sociedad, y la vara
de la opinion::- *Mayor.* Enriqueta,
en vano, en vano te cansas:
la virtud es siempre noble.

Una pasión no esperada,
tan rápida como activa,
me subyuga y arrebatá.

Yo no repugno á esconderme
en la tranquila morada
de la obscuridad, si en ella
puede reposar el alma
en paz y dichosa. *Condesa.* Pero
ya véis tú, que no me falta
que responder: tú, Mayor,
debes respetar tu casa
y á tus amigos.

Mayor. Yo debo
(concluyamos, pues, hermana)
ser feliz y hacer felices

á mis hijos, y me basta
mi corazón para guía.

Condesa. Ahora el amor apaga
las luces de tu razón,
y no adviertes en las causas
que pudieran destruir
tu intención. Quizá Madama
Miler podrá recibir
tu oferta sin repugnancia?

Mayor. Vé ahí para lo que imploro
tu persuasión y tu gracia.
Bella Enriqueta, conoces
mi corazón á quien cansa
y siempre cansó la necia
galantería. La llama
del amor, ó lo que usurpa
su nombre, no tuvo entrada
jamás en él, y un amigo
en otro tiempo llenaba
toda su capacidad:
hoy amo en fin, y me arrancas
la felicidad, si estorbas
una unión tan deseada.
Pero compadéceme,
habla por mí.

Condesa. La palabra
te doy de hacerlo, aunque vea
tu error. No te persuadas,
sin embargo, que confío
convencerla::- pero calla,
que llegan aquí::-

Salen Eulalia y el Conde por la derecha.

Conde. Por Dios,
Señora Miler, que anda
usted por doce: no, amiga,
para el necio que apostará
con usted.

Eulalia. Esto es costumbre,
y á las dos ó tres semanas
que Vuecencia lo ejerciera,
no le costaría nada
el andar. *Conde.* Y dónde está
Biterman? le daré gracias
por su puente á la chinesca,
que á fe mía, es una alhaja
digna de un Príncipe.

Condesa. Y bien,
dime, ahora dónde estabas,

que

que te íbamos á buscar?

Conde. Dónde estaba? con Madama venía; yo no sé mas, porque, amiga, miéntras habla Miler no sé donde estoy.

Eulalia. En la colina cercana, hemos estado á la orilla del rio que su pie baña, y fertiliza el contorno.

Conde. A la verdad, que es muy grata y amena la perspectiva que ofrece nuestra comarca; mas oír la descripcion poética y entusiasta de las bellezas del campo en la boca de la sábia Miler, es mas agradable. Con todo, si no se enfada *A Miler.* usted, basta de paseo: me ha cansado la mañana, y luego el salto que he dado por Biterman.

Condesa. Si te cansas, vamos al castillo. *Conde.* No; yo estoy fatigado para andar de nuevo, y la sed me molesta: que nos traigan cerbeza Inglesa. Mayor, qué tal? baxo la enramada la beberémos. *Condesa.* Muy bien; y en tanto que tú descansas, la bella Miler, si gusta, me acompañará,

Conde. Pues vaya, no os alejeis. Voto va! que no hay ninguno de casa, que vaya por la cerbeza. Ello es cierto, que me enfada un holgazán de lacayo, que me cuente las pisadas; mas ahora :- allí está Peters, *Mirando adentro.* que anda á vueltas con las ramas de un peral. Peters, muchacho, eres sordo?

Dentro Peters.. Quién me llama?

Conde. Yo; ven acá, que otro dia te comerás las que faltan.

Dentro Peters. Voy allá.

Conde. Pronto.

Sale Peters con muchas peras en el seno.

Peters. Aquí estoy.

Conde. Mira, vete sin tardanza al castillo por un frasco de cerbeza (y no te caigas con él) que lo llevarás allí debaxo: despacha.

Peters.. Voy corriendo. *Vase.*

Conde. Señoritas, hasta luego.

Se van por el fondo de la derecha.

Condesa. A Dios. Madama Miler, y bien, qué os parece mi hermano?

Eulalia. Que en él se hallan mil prendas que le hacen digno de serlo. *Condesa.* Ya yo esperaba una lisonja de usted.

Eulalia. Muy léjos de qualquier vana consideración, le miro como un hombre á quien no falta ni el valor, ni la virtud.

Condesa. Bella Miler, ni gallarda persona: no es verdad?

Eulalia. Sí.

Condesa. Pero un sí, dicho con tanta *Remedándola con amistad.*

indiferencia es un no: y sin embargo idolatra en Miler. Qué dice usted?

Eulalia. Que una burla poco urbana es indigna de Vucencia; pero esta será una chanza inocente, y sin embargo está mi alma tan lejana de admitirla :-

Condesa. Como usted de ser el objeto: basta, que os hablo con seriedad.

Eulalia. Yo no afectaré una falsa

Llena de embarazo. modestia; pero Vucencia me confunde y embaraza.

Fué un dia, es verdad, señora, en que brilló alguna gracia

en mí; pero el infortunio
ha borrado en su venganza
las facciones de mi rostro.
Ay! Solo la paz, la calma
del corazón embellecen
á la muger, y las gracias
de que se enamora el justo
deben anunciar un alma
tan pura como tranquila.

Condesa. Oxalá que yo probára
la satisfaccion de ser
tan venturosa!

Eulalia. Madama, *Con vehemencia.*
ó, no lo permita el Cielo!

Condesa. Cómo? *Admirada.*

Eulalia. Perdonad la causa
de mi agitacion. Señora,
soy una desventurada.
Tres años de pena y llanto
no hacen digna mi desgracia
del amistad de Vucencia;
pero sí de su inexhausta
misericordia. *Quiere irse.*

Condesa. No, Miler,
venga usted acá; se trata
de un asunto, que merece
atencion. La inesperada
sentencia, que usted se impone,
á la verdad, no me causa
extrañeza: usted parece
á un enfermo que juzgaba
ver el infierno á su lado,
y este infierno solo estaba
en su cabeza.

Eulalia. Ah señora!
que el infierno me acompaña
en el corazón por siempre.

Condesa. Miler, la amistad es grata

Tomándole las manos.
y consoladora. Nunca
exigí la confianza
de usted sobre su infortunio,
y ha tres años que mi casa
oculta su desventura;
mas hoy otra nueva causa
me anima para saberla.
Usted habla con su hermana,
con su amiga, y para prueba

un hombre de bien os ama.
Usted quizá llamará
ligereza lo que acaba
de oír; pero, amiga mía,
mi hermano posee un alma
sensible, un corazón noble,
y una virtud no violada.
El buscaba una muger,
que reuniese la sábia
educacion y belleza;
y la virtud y las gracias
le han enamorado en Miler.
La primera vez que hablaba
con usted, su compasion,
su beneficencia:- vaya,

Miler demuestra vergüenza.
cara Miler, no prosigo,
porque juzgo que se agravia
la modestia generosa
de usted. En una palabra,
él aspira á ser su esposo:
su felicidad descansa
en usted sola; y supuesto
que usted me vé interesada
en saber su desventura,
haga usted mas confianza
de su amiga. Bella Miler,

Con la ternura de amistad.
mi corazón se dilata
para recibir sus penas,
haga usted por derramarlas
en él, y lloremos juntas,
si yo no puedo aliviarlas.
Eulalia. No hay remedio, el sacrificio
mas doloroso que el alma
me sugiere arrepentida
es renunciar voluntaria
á la estima de los buenos.
Es preciso. (Triste Eulalia, *Aparte.*
empieza á pagar tu culpa.)
Nunca oyó Vucencia:- Ay! basta,
Apartándose con miedo.
perdon:- Nunca oyó Vucencia
el nombre?:- Desventurada!
Quánto es cruel disipar
la ilusion en que apoyaba
Vucencia su compasion!
(Pero una muger culpada

Aparte.
po-

podrá ser tan orgullosa!
No hay remedio.) En fin, Madama,
nunca oyó Vucencia el nombre
de la criminal Eulalia,
Baronesa de Menó?
Condesa. Que vivia en la cercana
Corte? Sí, Miler, y juzgo
que ha causado la desgracia
de un hombre de bien.
Eulalia. Dios mio!
de un hombre de bien!
Condesa. Ingrata!
y dicen que con un jóven
huyó la infiel de su casa.
Eulalia. Verdad, verdad ::- ah señora!
Se arrodilla.
dexa que inunde tus plantas
con mi llanto; no me niegues
una infelice morada
donde pueda yo morir. (habla
Condesa. Gran Dios! y qué es lo que
Apartándose de ella.
esta muger? usted es? ::-
Eulalia. Yo, la mas desventurada
y abominable criatura.
Condesa. Usted será? :: Desgraciada!
El corazon se le rompe
de dolor, y mis entrañas
se conmueven con su llanto.
Vamos, alce usted: su amarga
situacion me compadece;
pero evitemos que salga
de nosotras un secreto,
que usted con razon callaba.
Eulalia. Ah! mi conciencia, señora,
mi conciencia me amenaza
con su grito vengador.
No me aborrezcais.
Condesa. Eulalia,
no, yo no aborrezco á usted.
Sus virtudes, sus desgracias,
su mismo remordimiento
no borrarán una falta
tan odiosa; pero nunca
negaré á usted en mi casa
un aposento en que lllore
de un esposo que le amaba
la pérdida irreparable.

Empieza á vagar furiosa por el teatro.
Eulalia. Irreparable!
Condesa. O incauta,
ó desgraciada muger!
Eulalia. Y mis hijos!
Condesa. Basta, basta,
por Dios. **Eulalia.** El sabe si viven!
Condesa. Pobre madre!
Eulalia. Me arrebatan
al hombre mas virtuoso.
Condesa. Infeliz!
Eulalia. Que idolatraba
en esta muger indigna. *Con terror.*
Mísera yo! Si su alma
inocente me acrimina
ante Dios!
Condesa. Ah! cómo vagan
sus ojos con el furor!
Eulalia. Murió para mí!
Condesa. La espada
del dolor hiere su pecho.
Eulalia. Padre mio! tu malvada
hija te cuesta lá vida.
Condesa. Quán cruel es la venganza
de la ultrajada virtud!
Eulalia. Y yo vivo!
En todo el incremento de la pasion.
Condesa. Desdichada,
quién habrá que te aborrezca,
viéndote llorar? La falta
A ella con amor.
de usted, infelice amiga,
quizá no habrá sido tanta.
La debilidad de usted
ha sido un sueño, una vana
y pasagera ilusion.
Eulalia con viveza.
Eulalia. No, no, mi culpa es bien clara,
bien horrorosa, y querer
hacerla menor agrava
mi tormento ::- Ah! nunca, nunca
es mayor, que quando trata
mi razon de disculparme:
no hay disculpa, ni se halla
para mi crimen. El triste
consuelo mio dimana
de saber que he merecido
la exêcracion de las almas

justas. *Condesa.* Pero tambien ellas no le negarán su gracia á las lágrimas de usted.

Eulalia. Ah! si Vucencia lograría

Mas tranquila.

conocer á mi buen Carlos! quando esta muger ingrata le vió::- ay! él reunía las virtudes y las gracias: apénas tenia yo quince años. *Condesa.* Y casada cuánto estuvo usted primero que abandonase la casa de su marido?

Eulalia. Dos años.

Condesa. Pues luego vé aquí la causa de un yerro á que no asentía el corazon: su temprana juventud. *Eulalia.* La juventud no me disculpa, Madama. O inocente padre mío! tú grabastes en mi infancia los principios del honor.

Condesa. Lo creo; pero la incauta inexperiencia resiste á la seducción? y cuántas, cuántas veces ha caído la virtud en las lazadas de un corruptor cauteloso!

Eulalia. Pues vé aquí lo que se llama incomprehensible en mi yerro.

El autor de mi desgracia y cómplice del delito se confundía en su nada comparado con mi esposo. Mas su lengua inveterada en la seducción, sabía pintar cruel y tirana la virtud de Carlos: éste tampoco lisonjeaba los caprichos de mi luxo, que tanto aprecian las almas nuevas como yo imprudentes, y la eloqüencia malvada de mi corruptor indigno seducía é inflamaba mi vanidad. En fin::- ay! padre, esposo, hijos ::- (ó caras

prendas!) todo lo dexé por seguir::- á quién? La innata providencia se ha vengado, permitiéndome que abra los ojos sobre mi culpa.

Mil tormentos despédazan mi corazon. Ah! yo siento

Se señala al corazon.

aquí, aquí ::- Justicia santa de mi Dios! yo lo merezco, y te adoro en tus venganzas.

Condesa. Pero un alma virtuosa no pudo hacer dilatada su ignominia.

Eulalia. Lo bastante para jamas expiarla.

Ah! sin duda mi embriaguez pasó prestó, y en la amarga pena que me circua, invoqué desconsolada el hombre á quien ofendí; pero en vano; procuraba tal vez escuchar el llanto de mis hijos, que llamaban á su madre; pero en vano.

Condesa. Dexemos ya tan ingratas memorias. Usted, en fin, huyó de aquella tirana cautividad?

Eulalia. No pudiendo soportar la odiosa carga de mi error, vine á buscar un asilo en la morada de la virtud generosa, donde pueda mi desgracia llorar y morir.

Condesa. Amiga, desde ahora se derrama en mi corazon su llanto: oxalá hiciera mas grata la suerte de usted mi amor, animando su esperanza!

Eulalia. Ah! nunca, nunca.

Condesa. Y usted qué sabe del Baron?

Eulalia. Nada. Sole sé que abandonó su mansion amancillada

con mi desdoro.

Condesa. Y los hijos?

Eulalia. Los llevó consigo.

Condesa. Basta

por ahora, que mi hermano
y el Conde vuelven. Eulalia,
usted componga su rostro,
y oculte su desgraciada
situacion, que yo prometo
informarme dónde para
el Baron.

Salen el Conde y el Mayor.

Conde. Y bien, señoras,
no hacemos la retirada?

Condesa. Quando quieras.

Conde. Dí, Condesa,
es cosa de que haga falta
el extranjero á la cena,

Condesa. Ni siquiera una palabra
nos ha querido escuchar.

Conde. A la verdad que es bien rara
ciatura; pero no importa,
es fuerza que yo le haga
conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas
al castillo, y tú, Mayor,
si quieres, me harás la gracia
de suplicarle que venga.

Dile, que le hago la instancia
por tí, por no sonrojar
su modestia; que le aguarda
el objeto de su zelo
generoso, y que si tarda
en venir, iré yo mismo
á sacarle de su estancia.

Mayor. Yo admito la comision,
y la haré con eficacia
y placer. Su beneficio
es de aquellos que se graban
en un corazon sensible,
y que la amistad consagra.

*El Conde da la mano á Eulalia, que
aparenta serenidad: el Mayor da el
brazo á su hermana, que no se atreve
á mirarle. Por la oposicion, la Con-
desa está cerca de Eulalia, y le
pasa el brazo por el cuerpo
con amistad.*

ACTO TERCERO.

*Sale Frantz con un cestillo en la ma-
no, en el qual se supone que trae la
comida que quiere hacer en
aquel campo.*

Frantz. A la verdad, esta vida
pacífica es de mi genio,
y no las agitaciones
anteriores. El sosiego
del corazon hace grato
qualquier frugal alimento,
que como tranquilo siempre
baxo este sereno cielo:-
Pero quién viene?

Sale el Mayor. Querido,
llame usted al extranjero,
que quiero hablarle.

Frantz. Señor,
es imposible; mi dueño
huye de hablar con los hombres.

Mayor. Vaya usted, en el supuesto
de que no soy un ingrato.

Le ofrece un bolsillo.

Frantz. No necesito dinero.

Mayor. Pues bien, amigo, siquiera
satisfaga usted mis ruegos.
Dígale usted á su amo,
que el sacrificio ligero
de tres ó quatro minutos
no le podrá ser molesto
é importuno: que yo soy
un militar tan sincero
como él generoso; en fin,
quanto pueda darle peso
á mi súplica: sí, amigo.

Frantz. Voy, señor, á ver si puedo
Despues de algun silencio.
hacerle venir. *Vase.*

Mayor. Muy bien.

Pero si viene, qué medio
tomaré para introducir
mi súplica? no me acuerdo
de haber tratado en mi vida
misantropo mas austero
ni decidido: yo ignoro

cómo hablar con un sugeto
á quien su misma existencia,
y á quien todo el universo
se le han hecho insoportables.

Frantz. Aquel es.

El Baron y Frantz por la izquierda.

Baron. Vuélvete adentro.

Quién me busca?

Mayor. Usted perdone,
caballero, sí: qué veo!
eres tú, Menó?

Baron. Hors mio! *Se abrazan.*

Mayor. Mi buen amigo! es un sueño?

Baron. No: yo soy.

Mayor, Válgame Dios!

Mirándolo con dolor.

qué pesares han deshecho
tu noble fisonomía?

Baron. La mano del vituperio
y la desventura: (Cárlos! *Aparte.*
calla, calla) y dí, qué objeto
te conduce á mi cabaña?

Mayor. El de hablar á un extranjero
insocial, y véisme aquí
llorando en el dulce pecho
de mi Cárlos. *Baron.* Luego tú
no sabias que en el centro
de esta soledad vivía
Menó? *Mayor.* No, amigo; el suceso
de haber salvado la vida
de mi cuñado me ha hecho
venirte á buscar en nombre
de su gratitud: primero
te vino á llevar mi hermana
consigo al castillo, á efecto
de hacerte gozar el fruro
de tu beneficio en medio
de su inocente familia;
yo en fin venía de nuevo
á suplicarte lo mismo,
y este acaso me ha devuelto
un amigo á quien lloraba
perdido por largo tiempo,
y de quien mi corazon
necesitaba el consuelo. *Le abraza.*

Baron. Soy tu amigo, sí, tu amigo;
tu corazon es sincero
y virtuoso, y el mio

te ama como en un tiempo
te amó. Horts, te lisonjea
una verdad que confieso
en la efusion de mi alma?
pues dame una prueba de ello,
dexándome para siempre.

Mayor. Quanto escucho y quanto veo
es incomprehensible, Cárlos.

Tú eres: pero echo ménos
aquel rostro, que anunciaba
tus virtudes, tu talento,
tu afabilidad y gracias,
que un día constituyéron
tu carácter. *Baron.* Tú te olvidas
que estás hablando de tiempos
muy lejanos á nosotros.

Mayor. Muy lejanos? yo comprehendo,
que tu edad, que apenas llega
á treinta y seis años:- pero
por qué evitas las miradas
de un amigo? tienes miedo
de que conozca en tus ojos
tu dolor? ah! qué se ha hecho
aquella penetracion
con que leias lo interno
del corazon? *Baron.* Sí, Mayor,

Con una sonrisa dolorosa.

fui muy hábil, lo confieso,
en leer los corazones.
Mayor. Ah! cómo agita tu aspecto
esa funesta sonrisa!
qué te sucede? qué es esto,
amigo? *Baron.* Lances comunes;

Afectando ligereza.

el mundo:- nada:- sucesos
ordinarios:- Sino quieres
Volviendo á su primera seriedad.
que te maldiga, te ruego
que no me preguntes nada;
y si tienes en aprecio
mi amor, déxame por siempre.

Mayor. Qué espectáculo tan nuevo
para mí! Caro Menó,
que despierten en tu pecho
las ideas del placer
anterior, y que tu muerto
corazon se reanime
á los ojos del primero,

del mejor de tus amigos.
Olvidas quizá los bellos
días de nuestra amistad?
Aquellos días serenos,
y las pacíficas horas
en que el Dios del universo,
apareciendo en sus obras,
penetraba hasta los senos
del alma, y la disponía
á los plácidos afectos
de confianza y de amor?
Ah! en aquellos momentos
nos unimos para siempre!
te acuerdas, Cárlos?

Baron. Me acuerdo.

Procurando ocultar su turbacion.

Mayor. Y no merezco yo ahora
tu confianza? ah! no es cierto,
que tú y yo fuimos amigos
de los que reúne un necio
capricho por un instante,
y el instante venidero
hemos volado al encuentro
de la muerte :- Cárlos mio,
yo te juro que padezco
en recordarte las pruebas
de mi amor:- pero á lo ménos,
reconoces esta herida?

Se descubre el pecho.

Baron. Ay hermano! ese sangriento

Le abraza.

golpe libertó mi vida;
pero qué don tan funesto
hiciste en ella á tu amigo!

Mayor. Habla, por Dios.

Baron. No hay consuelo
para mí. *Mayor.* Lloremos juntos.

Baron. Vé ahí lo que yo no quiero:
ya no hay mas llanto en mis ojos.

Mayor. Pero depon tus secretos
en mi corazón, y el tuyo
descansará.

Baron. No hay remedio:
este mio es un sepulcro
cerrado; por qué de nuevo
abrirle á la luz? *Mayor.* Acaso
para cobrar tu primero

ser, tu dignidad antigua,
que has perdido. Me avergüenzo
de tí: un hombre tan prudente
dexarse hollar indiscreto
por la suerte? Tú no eres
mi buen Menó, compañero,
maestro y amigo mio:
la nobleza de tu recto
corazon debió elevarte
sobre tu destino adverso
y la injusticia del hombre.

Baron. Escucha. Que desde luego

Después de un corto silencio.

piense de mí lo que quiera
ese mundo que aborrezco;
pero es fuerza, que al dexar
la sombra de tu primero
amigo, sepas la causa
que aniquiló sus afectos
mas plácidos para siempre.
Hermano! desde el momento
en que dexamos las tropas
de Francia, huyó sin remedio
la aventura de tu amigo.
El deseo lisonjero
de ser útil á mi patria
me fixó en ella. Defectos
de legislacion, y abusos
del poder diéron al zelo
de mi pluma un largo espacio;
y solo adquirí por premio
la certidumbre terrible
de que pueden ser los buenos
aborrecidos sin causa.
Herido en lo mas interno
de mi corazón, callé:-
Tardío conocimiento!
ah! los hombres no perdonan
nunca al virtuoso necio,
que ha querido ser mas sábio
que los otros: y en efecto,
tal fué mi suerte. Yo triste,
viví solitario y léjos
de la multitud. Mi patria,
esperando que en su seno
gozara yo de mis bienes,
me dió el no pedido empleo
de Teniente Coronel,

D

que

que admití, sin el anhelo
de ser mas. Mi Coronel
murió, y en mi regimiento
habia tres Oficiales
de mi grado, y de mas precio
por sus méritos que yo.
Juzga tú quán satisfecho
me quedaría, si hubiera
recaído en uno de ellos
la eleccion; pero la Dama
de un Ministro sin talento
y con amor, dió aquel grado
á un mozo vano y soberbio,
que seis meses hace habia
hecho el primer juramento
en las banderas; y ayrado
pedí mi retiro. En esto
corriéron por la ciudad
mil sátiras y libelos
sobre su eleccion injusta,
que me imputáron. Yo, léjos
de humillarme á desmentirlos,
sufrí sin pavor los hierros
de una prision; pero apénas
me ví libre, dexé un pueblo
fatal á los virtuosos.

Confiado yo en mi recto
corazon, y en mi tardía
prudencia, desprecié el riesgo
de vivir entre los hombres,
y vine á Casel. Risueño
todo, todo venturoso
me parecia en mi nuevo
domicilio: mi fortuna
y carácter me adquiriéron
varios amigos:- Amigos!
En fin, á muy poco tiempo
hallé una esposa inocente,
jóven, bella, y el modelo
de la virtud y las gracias.
Quánto la quiso mi tierno
corazon! y quán felice
viví con ella en el seno
de mi plácida familia,
y con el nombre halagüeño
de padre! Sí, amigo mio,
vé aquí los solos momentos
en que conocí la dicha:-

Ay misero! Cómo? aun vierto

Limpiando los ojos.

lágrimas! ya no esperaba
derramarlas. Acabemos.
Uno á quien llamaba amigo,
y á quien juzgaba sincero
y justo, robó mi casa.
Yo devoré el sentimiento
de mi pérdida, y tranquilo
conocí, que satisfecho
el corazon; no codicia
esos goces pasajeros
del luxo: en fin desterré
de mi familia el exceso
inútil; y limitando
mi sociedad á un estrecho
círculo, conservé en ella
un jóven, cuyo modesto
lenguage, cuya conducta
justificaban mi aprecio,
á quien prodigué mi hacienda,
para quien obtuve empleos
y cargos:- y este seduxo
á mi muger en secreto,
y huyó con ella. Ya sabes
mi desgracia. Basta esto
para motivar mi odio;
odio universal y eterno;
ó llamarás ilusion
mi afrenta y mi vituperio?
Ay! el alma de Menó
pudo soportar el peso
de los hierros, la injusticia
y la muerte; mas los hierros,
la injusticia, y aun la muerte,
qué pueden ser en cotejo
del agravio de una esposa,
el dulce y único objeto
de mi amor, y por quien solo
me fué grato el universo?
Mayor. No era digna de tí, Carlos,
y llorar sin mas consuelo
por una muger infiel
es delirio. *Baron.* No me ofendo
de que llares como quieras
las afecciones que pruebo;
pero el corazon no cede
á la fria razon:- Cielos!

yo la amo aun.

Mayor. Dónde está?

Baron. Ni lo sé, amigo, ni quiero saberlo. *Mayor.* Pero, y tus hijos?

Baron. En una aldea no léjos de mi soledad se crian, humildes á los preceptos de una muger buena y necia.

Mayor. Siempre Misantrópo! Pero por qué no viven contigo como el único remedio de hacer ménos dolorosa tu existencia?

Baron. No, su aspecto, copia de una ingrata madre, me ofrecería el recuerdo de mi fugitiva dicha: y en fin, amigo, no puedo sufrir en derredor mio ni los niños, ni los viejos, ni los hombres; y si el uso no me hubiera casi hecho indispensable un criado, no sufriría el que tengo, aunque sé que entre los malos quizá no es el mas perverso.

Mayor. Ya veo, que á la amargura de tu dolor los consuelos ordinarios serán vanos; pero la amistad al ménos te será grata. Ven, Cárlos, donde te aguarda el afecto de mi familia.

Baron. Quién? yo? yo freqüentar el comercio del hombre? Horts, ya lo dixé.

Mayor. Es verdad; pero yo creo que, á no ser un insensible, no puedes hacer desprecio de unas almas que agradecen.

Baron. Hermano mio, no niego que dices bien; pero si supieras cuánto padezco en ver que á un hombre! no, amigo, déxame con el silencio de mi soledad.

Mayor. Siquiera una sola vez te ruego.

Baron. No, no.

Sin aspereza.

Mayor. Cárlos, no reuses esta gracia á tu sincero, á tu buen amigo.

Baron. Escucha.

Después de reflexionar.

Tú lo suplicas, y quiero complacerte. Pero en fin, que sea como un encuentro casual, un solo instante. Conducélos aquí, y luego que lleguen al pabellon, ven por mí, que yo te espero, y tú me presentarás.

Mayor. Bien, y yo me lisonjeo que nos harás compañía en el castillo algun tiempo.

Baron. No lo esperes, y te exijo la palabra, el juramento de que no pondréis estorbo á la fuga que proyecto mañana. *Mayor.* Qué obstinacion!

Baron. Dame tu palabra, ó vuelvo á retractar la que dí.

Mayor. Bien, Cárlos; pero:-

Baron. Te advierto, que digas á tu familia, que mis adornos son estos que ves. *Señalando su vestido.*

Mayor. No importa: mi hermano ama solo en tí lo recto de tu corazon. Ven, Cárlos, abracémonos de nuevo, y admite las expresiones de la amistad. Ah! no creo, que este abrazo afectuoso

Le abraza.

haya de ser el postrero. *Vase.*

Baron. Frantz.

Sale Frantz. Señor.

Baron. Mañana mesmo partimos. *Frantz.* Bien.

Baron. Pero pienso, que léjos de aquí.

Frantz. Yo, vamos.

Baron. Quizá, quizá para pueblos de la otra parte del mar.

Frantz. Adonde usted quiera.

Baron. Isleños

p cíficos y felices
del mar del Sur , ay ! yo vuelo
á morir entre vosotros.
Los piratas Europeos
dicen que robais. Qué importa
que me despojeis del resto
de una propiedad inútil ?
El tesoro de mas precio,
el reposo de mi vida
me lo han robado en el seno
de mi patria. Viva yo
muerto para el hombre , muerto
para el universo , ingrato
origen de mi tormento.
Oíste , Frantz ? á la aurora,
mañana sin falta :-

Frantz. Entiendo.

Saca el sobre de una carta.

Baron. Pero :- Frantz , primero importa
que vayas sin perder tiempo
á casa de la persona
que dice aquí. Yo te quiero
autorizar con mi letra
para que ántes del sol puesto
te vuelvas con mis dos hijos.

Frantz. Usted hijos ! *Baron.* Sí.

Frantz. Qué genio !
válgame Dios ! y ha tres años
que sirvo á usted sin saberlo.
Luego usted ha sido esposo ?

Baron. Frantz , no me atormentes necio
con preguntas.

Frantz. Pues me iré. *Vase.*

Baron. Aguárdame en mi aposento.

Sí , yo quiero acostumbrarme
á estrecharlos en mi seno.
Estos pobres inocentes
no deben quedar expuestos
á una educacion viciosa.
O nunca sea ! primero ,
ignorados qual su padre ,
corran por el campo abierto
con el arco y con la flecha ,
como las auras ligeros ,
y el arte de manejarlos
sea todo su talento.
Pero alguien se acerca. Vamos

á escribir primero , y luego
á cumplir con la amistad
por última vez.

*Vase , y salen la Condesa , el Conde ,
Eulalia y el Mayor.*

Conde. Reniego

de tanto andar. Vaya , vaya ,
que las señoras me han puesto
en exercicio ; y fortuna
de que soy el compañero
de la bella y eloqüente
Miler. Y bien , con que habemos
reducido al Misanthropo
á venir aquí ? por cierto
raro hombre ! pero nunca
hará menor en mi aprecio
su virtud la extravagancia.

Mayor. Voy por él ; pero te ruego
no exâsperes su carácter
con instancias : por lo ménos
la franqueza logrará
que desarrugue su ceño. *Vase.*

Conde. Bien , haré lo que tú quieras.
Vamos , muger , vé aquí el tiempo
de hacer uso de tus gracias :
tú ya estás en el empeño
de curar este selvage
melancólico extrangero ,
y ello es fuerza.

Condesa. Quién pudiera
conquistar á nuestro sexó
un hombre que ha resistido
á los ojos halagüeños
de nuestra Miler ?

Eulalia. Señora ,
aun quando no fuera incierto
ese poder en mis ojos ,
mis ojos nunca le viéron.

Conde. Qué rareza ! pero él llega
con mi hermano. Yo celebroy
ver al hombre generoso :-

Eulalia. Ay ! *Baron.* Dios mio !
Cárlos hace al llegar una cortesía á
las damas , *Eulalia* le mira , dice ay !
y cae desmayada en los brazos de la
Condesa : Menó la reconoce , y al decir
Dios mio ! tapándose el rostro con
las manos huye despavorido hácia su
ha-

habitacion. En tanto el Mayor admirado y triste de lo que acaba de pasar, permanece en silencio hasta que el Conde y su muger han conducido al pabellon á Eulalia.

Condesa. Santo Cielo!
qué es esto? querida Miler!

Conde. No vuelve: y el extrangero se ausentó; pero acudamos á Miler. Condesa. Vamos adentro del pabellon, que está cerca, á desahogarla el pecho.

La conducen entre los dos.

Mayor. Esperanza lisonjera, vana imágen de mis sueños deliciosos! yo tendía mis brazos en pos del viento, que disipó mis placeres como la niebla. El secreto se descubrió: yo adoraba á la muger de mi tierno amigo:- Y bien, qué sería imposible á mi deseo la reunion de dos almas dignas del amor eterno que se juráron? Acaso un delito pasagero (mas debilidad que culpa) habrá por siempre deshecho el lazo que los unía?

Ah! no, yo me lisonjeo de hacer feliz nuevamente á mi Carlos; y si puedo conseguir esta ventura, no diré que yo la pierdo.

Sale del pabellon el Conde.

Conde. A Dios, Mayor.

Mayor. Y la Miler?

Conde. Miler al instante ha vuelto de su accidente, y ya queda mas tranquila y escribiendo; pero quizá mi presencia la importuna, y yo no quiero comprimir su corazon. Sin embargo, Mayor, pienso que tú y mi muger sabéis mucho mas en el suceso actual, que yo.

Mayor. No envidies en este caso, te ruego, esa triste preferencia.

Conde. No, hermano, no; yo respeto la causa de su afliccion, y sin saber mas te dexo. Haz siempre por detener al venturoso extrangero á quien amo, y á quien Miler, sino me engaño, hará ménos insocial y Misantropo. En el castillo te espero.

A Dios. Vase por la derecha.

Salen Eulalia y la Condesa.

Mayor. A Dios.

Condesa. Y mi esposo?

Mayor. En este propio momento se aleja de aquí. Señora, A Eulalia. no perdamos sin provecho estos precisos instantes: procuremos buscar medios en tan repentino acaso de que usted vuelva de nuevo con el mejor de los hombres.

Eulalia. Pues cómo?:- qué!:- caballero:-

Mayor. Menó, señora, es mi amigo desde la niñez; los riesgos de la guerra confirmáron nuestro cariño primero. Pero hace ya siete años, que léjos de él, y mas léjos de saber de su destino, gemía en el desconsuelo de mi corazon. En fin, le hallé, señora, y su pecho derramó su acerba pena en el mio.

Eulalia. O Dios! yo pruebo quanto abate al criminal la presencia de los buenos. Ah! señora, dónde, dónde me ocultaré?

Esconde la cara entre las manos.
de la Condesa.

Mayor. Si un eterno dolor, si una larga serie de lágrimas y tormentos, si la virtud atigida

no nos dan algun derecho
al amor y á la clemencia
de los hombres y del cielo,
quién nos le dará? Muger
desafortunada, el sueño
de tu honor fué de un instante,
y la culpa de un momento
borró el llanto de tres años.
Sí, señora, yo penetro
el alma de mi buen Cárlos:
él quedará satisfecho:
y yo corro á interceder
por usted con todo el fuego
de la amistad que me anima.
Venturoso yo, si puedo
perpetuar la memoria
de una accion de cuyo efecto
dependerá para siempre
mi placer y mi consuelo.

Hace que se va.

Eulalia. No, señor Mayor, yo adoro
su honor, y el injusto pueblo
no perdonaría nunca
su debilidad: al ménos
no le añadamos dolor
á dolor ::- Ah! viva léjos
de mí felice, y no pruebe
por mas tiempo el vituperio
de llamarme esposa.

Mayor. Y qué
usted desprecia mi zelo?

Eulalia. No, señor; mas oiga Usía
lo que suplicarle quiero.
Muchas veces, que oprimido
mi corazon con el peso
de un delito imperdonable
juzgaba que los consuelos
huyéron de mí por siempre,
quizá pensé, que si el cielo
por última vez cumplía
los votos de mi deseo,
dexándome ver mi esposo
para confesar mi yerro
á sus plantas generosas,
sería ménos intenso
mi dolor. Y por lo mismo
haced que atienda mis ruegos;
que me conceda el llorar

por unos cortos momentos
ante sus ojos, si acaso
puede sufrir el aspecto
de una muger criminal.
Pero no juzgue que anhelo
su perdon, ni que yo quiera
restablecer mi concepto
á expensas del honor suyo.
Ay! solo verle deseo,
y preguntar por mis hijos.

Mayor. Si no perdió sus derechos
en el corazon de Cárlos
la humanidad, yo prometo
que lo hará. Dexad ahora,
porque no tenga un pretextó
de reusar mi visita,
estos contornos. Yo vuelo
en favor de usted, Eulalia,
á las plantas de mi tierno
amigo. *Condesa.* Ay hermano! nunca
te quise como te quiero.

*La Condesa le alarga la mano con la
expresion de la amistad: Eulalia echa
una mirada al Mayor, que explica
su reconocimiento; despues se arroja
sobre la mano de la Condesa, que la
coge en sus brazos y se entra con
ella por el bastidor anterior
al pabellon.*

Mayor. No hay en la tierra dos almas
semejantes: su primero
lazo no debe romperse,
y Cárlos puede sin riesgo
pedornarla ::- perdonarla!
y cómo eludir los zelos
del pundonor, que no siempre
es una quimera? Pero
una jóven inexperta,
la víctima de un perverso
que la arrastró á los delitos,
y cuyo arrepentimiento
ha sido tan dilatado,
tan doloroso y severo ::-
Ah! que el mundo no recibe
justificacion del bueno
que fué débil un intante.
Pero Cárlos no huye léjos
de su injusto juez? no piensa

sepultarse en el secreto de la obscuridad? no ama su corazon al objeto de su llanto? Sí; pues ella le servirá de universo.

Sale Frantz con los niños Eugenio y Amalia.

Eugenio. Ya me canso.

Amalia. Y yo tambien.

Eugenio. Y diga usted, llegaremos pronto? *Frantz.* Sí, pronto.

Mayor. Detente:

dime, qué niños son estos?

Frantz. Los de mi señor.

Amalia. Es este

papá? *Mayor.* No desperdiciemos la ocasion. Amigo, escucha; yo sé que amas á tu dueño, y me debes ayudar.

Frantz. En qué?

Mayor. No ha muchos momentos que halló á su muger.

Frantz. De veras!

ay, señor, cuánto me alegro!

Mayor. Ya conocias á Miler?

Frantz. Y es ella?

Mayor. Sí; pero creo

que huye de ella tu señor, y vé aquí lo que debemos evitar. *Frantz.* No hay duda: y cómo?

Mayor. Sus hijos pueden hacerlo:

llévalos al pabellon,

que dentro de poco tiempo sabrás mas. *Frantz.* Pero:-

Mayor. No quieras

inutilizar mi zelo

con tu detencion.

Los conduce al pabellon.

Muy bien.

Mas él llega. Sí: yo espero

que la inocente sonrisa

de sus hijos pequeñuelos

penetre su corazon,

si resiste al lisonjero

mirar de su bella madre.

Sale el Baron.

Y bien, Carlos, ya te veo

ménos infelice

Baron. Cómo?

Mayor. Hallándola.

Baron. Quánto es necio

el que quiere consolarme, demostrándome á lo léjos el tesoro que perdí!

Mayor. No es necedad, si de nuevo puedes volver á gozarle.

Baron. Te entiendo, Mayor: á efecto de conseguir mi perdón te envía; pero te advierto, que es en vano.

Mayor. Que tu esposa me envía, no te lo niego; mas no para reuniros.

Ella te ama, su consuelo, su ventura la aborrece sin tí. Pero yo te ruego que aprendas á conocerla, y ereas que adora ménos á Carlos, que á su opinion.

Baron. Pues á qué vienes?

Mayor. Primero:

en mi nombre, como amigo, como hermano y compañero de armas, á suplicarte que le perdones un yerro involuntario: no, nunca, nunca (yo lo juro al Cielo) verás su igual.

Baron. Es verdad.

Mayor. No me niegues que tu pecho la tiene amor.

Baron. Ay amigo! *Le coge la mano.*

Mayor. Pues bien, el remordimiento
Con calor.

ha expiado ya su culpa.

Sí, Carlos, vuelve de nuevo

á ser feliz. *Baron.* Ser feliz!

ser yo feliz! cómo puedo

ser feliz, si ya los hombres

han roto el lazo que un tiempo

fué mi placer, y le han roto

para siempre? ah! yo no debo

violar la ley que me imponen

las opiniones de un pueblo.

Mayor. Y qué te importan los hombres? quien ha sabido en el tiempo

de tres años de amargura
no codiciar el comercio
de un mundo que despreciaba,
podrá concluir el resto
de su vida en compañía
de su amiga.

Baron. No hay remedio.

Con que todos se conjuran
con mi corazón, á efecto
de trastornar mi razón!
dí, qué quieres de mí?

Mayor. Quiero
que la veas: negarías
á tu esposa este consuelo?

Baron. Venga pues; pero no juzgue
envilecerme: la veo
para no verla jamás.

Mayor. Espérame aquí un momento. *Vas.*

Baron. Y bien, Carlos, ya se acerca
el instante postrimero
de tu dicha. La verás,
sí, tú verás al objeto
de tu amor, verás la madre
de tus hijos! ah! y no vuelo
á estrechar mi corazón
con su enamorado pecho? :-
Abrazarla yo! no es ella
la que derramó tormentos
en la copa de mis días?
no es ella por quien padezco,
y por quien maldigo al hombre?
Pobre Carlos! no hay remedio;
tu suerte está decretada.
Sin embargo no pretendo
tratarla con crueldad:
ella verá, que respeto
su llanto, que la perdono,
y en fin, que la compadezco.
Pero quién: - ay, qué es Eulalia!
Pundonor, orgullo, zelos,
vé aquí la muger que me hizo
infeliz sin merecerlo.

*Salen Eulalia, la Condesa y el Mayor, y Eulalia toda trémula
y confundida dice á la
Cond.sa.*

Eulalia. Ah! generosa muger!
dexadme: si tuve esfuerzo

para la culpa, tampoco
me la ha de negar el cielo
para explicar mi dolor.

*La Condesa y el Mayor entran
en el pabellon.*

Ay, con cuánto rubor llego!
Señor.

*Se acerca á Carlos, que sin volver
la cara, aguarda conmovido que
ella empiece á hablar.*

Baron. Qué quieres, Eulalia?
*Con dulzura, pero sin volver la
cabeza.*

Eulalia. No, no por Dios! huya léjos
de mi oído la dulzura
que me despedaza el pecho,
hombre piadoso: resuenen
solo en él los duros ecos
de la indignacion.

Baron. Y bien?

Con severidad.

Eulalia. Ah! si el hombre á quien ofendo
se dignase darme quejas,
cuánto aliviaria el peso
de mi corazón!

Baron. Yo quejas!
mis muertos hojos, el negro
velo que los cubre, el llanto
que derramaron un tiempo
se podrán quejar por mí;
pero no yo.

Eulalia. Ese silencio
generoso me aniquila,
multiplica los tormentos
de mi penar. O Dios mio!
á quién agravié!

Baron. Al primero
y al mejor de tus amigos.
Pero ya ves que debemos
separarnos para siempre.

Eulalia. Ah señor! sí, ya lo veo
tampoco imploro mi gracia,
ni vengo con el intento
de conseguir el perdón,
el perdón que no merezco.
Solo pido, que algún día
no maldigais al objeto
de vuestro primer amor.

Baron. No, Eulalia, no; yo no puedo maldecir á quien me hizo venturoso en mas serenos dias. No, jamás, jamás, triste muger.

Eulalia. Conociendo la iniquidad de mi ofensa, para que volvais de nuevo á ser mas feliz esposo, vé aquí, señor, os entrego

Le presenta un papel.

este papel de divorcio, en el qual, señor, confieso mi delito.

Baron. O, nunca sea!

Lo toma y lo rompe.

Tú sola tuviste imperio en mi corazon, Eulalia, y tu imperio será eterno. Mi honor sacro é inflexible me prohíbe aun el deso de unirme á tí; pero nunca tendrá lugar en tu lecho nueva esposa.

Eulalia. Solo pido.

Despues de algun silencio.

al despedirme:--

Baron. Primero

escucha. Yo he conocido quanto es sensible tu pecho al llanto del infortunio, y será justo que al ménos satisfagas tu piedad, y no vivas con el riesgo de implorar la compasion agena: toma este pliego, *Le ofrece uno que saca de su cartera.* que te asegura una renta moderada.

Eulalia. No le acepto.

El trabajo de mis manos será todo mi consuelo, y el pan que riegue mi llanto me servirá de sustento.

Baron. Tómale, Eulalia.

Eulalia. Señor,

bien lo sé que yo merezco mas humillacion, mas pena;

pero no añadais, os ruego, á mi rubor esta afrenta.

Baron. Cruel hombre, hombre perverso. ah! qué muger me has robado!

En fin, Eulalia, respeto tu virtud. Pero si acaso

Con amor.

probases en algun tiempo la indigencia, te suplico que recurras al momento á mí. **Eulalia.** Bien está.

Baron. Con todo,

Le da una cajita con joyas.

estas joyas que te ofrezco tómalas, pues que son tuyas.

Eulalia. No, señor, estos objetos me acuerdan aquellos dias en que, digna del afecto de mi esposo y de mi padre, bendecía el universo mi ventura. Solo admito

Saca de ella un reloj.

este reloj, que mi Eugenio llevaba, y al qual rodean de mi Amalia los cabellos.

Ah! yo le conservaré, yo le arrimaré á mi tierno corazon arrepentido, y le besaré muriendo.

Baron. Dios mio, no puedo mas.

A Dios, Eulalia:--

Hace que se va.

Eulalia. Primero

Le detiene.

tranquilizad á una madre.

Viven mis hijos? han muerto?

Baron. Viven.

Eulalia. Hombre virtuoso, no desatendais mi ruego: permitid que yo los vea, y los estreche á mi seno por última vez:-- Dios mio! Si supierais qué tormento me arrancaba las entrañas mientras he vivido lejos de mi Carlos y mis hijos, al ver á los pequeñuelos inocentes de su edad en sus pacíficos juegos!

E

Ah!

Ah! permitidme, señor,
que yo los vea, y me alejo
dellos y de vos por siempre.

Baron. Eulalia, yo te prometo
que los verás esta noche:
los aguardo de un momento
á otro, y apenas lleguen
mi criado irá con ellos:
tenlos contigo hasta el alba,
pero devuélvelos luego
á su desdichado padre.

Eulalia. En fin, que ya no debemos
vernós en la tierra? A Dios,
hombre generoso y bueno;
olvidad á una infelice,
que no querrá en ningun tiempo
olvidaros.

*Repentinamente le coge la mano, se arro-
dilla y la besa.*

Ah! dexadme,
señor, que bese primero
esta mano que fué mía.

*La Condesa tiene al niño en los bra-
zos, el Mayor á la niña, y salen poco
á poco del pabellon, de modo que no
llegan á Carlos y Eulalia
hasta el último á Dios.*

Baron. Eulalia, no, alza del suelo:
no te humilles, y recibe
por fin ei á Dios postrero.

Eulalia. Para siempre!

Baron. Para siempre.

Eulalia. Puedo llevar el consuelo
de que no me aborreceis?

Baron. No, Eulalia, no te aborrezco.

Eulalia. En fin, quando mi dolor
haya expiado mis yerros,
la muerte nos unirá
con el Dios del Universo.

Baron. Ante sus ojos no reyna
la preocupacion del necio,
y allí gozaremos juntos
la eternidad de los tiempos.

*Sus manos se entazan, y mirándose con
la mayor ternura, se dicen con
voz trémula.*

Los dos. A Dios.

*Ellos se separan; pero al volver el rostro
encuentra Eulalia á la Condesa cerca
de ella que levanta al niño, y le pone
á los ojos de la madre; Eulalia le toma
en sus brazos y estrecha con su corazon.*

Lo mismo hacen á la otra parte el

Baron y el Mayor.

Eulalia. Ay!

Baron. Eulalia mía!
abrazá á tu esposo:-

Eulalia. O cielo!

*Los dos se arrojan en los brazos uno de
otro; y al mismo tiempo los niños, que
el Mayor y la Condesa tienen en sus brazos,
se abrazan al cuello de sus padres,
y cue el telon.*

F I N.

CON LICENCIA: EN VALENCIA: en la Imprenta de Joseph
de Orga, donde se hallará, y en Madrid en la Librería
de Quiroga, calle de las Carretas.

Año de 1801.